



La disolución de la memoria en La Pequeña Historia de Chile

Consuelo Morel Montes

Sub-Directora y Profesora Titular Escuela de Teatro U.C.

Esta obra de Marco Antonio de la Parra constituye, a nuestro juicio, una importante metáfora acerca de la disolución y decadencia de aspectos centrales de nuestra educación y de nuestra identidad cultural.

Se construye como una suerte de indagación onírica y poética que tiene como eje dramático el Liceo chileno como expresión de las relaciones entre el Estado, la Educación y el Mercado. El cómo estos tres elementos se tensionan y se potencian o se destruyen entre sí, dando cuenta del estado de la historia y de la memoria de nuestro país, es el tema central de esta obra.

De la Parra investiga, en la línea del absurdo y de los cambios de la temporalidad y la alucinación, en un sistema que se ha puesto en el límite de su sobrevivencia y en torno a estos límites él se inmiscuye dramáticamente a través de los profesores y su dolor. Registra, de esta manera, un estado de disolución y decadencia de un sistema educacional completo.

Desarrollo dramático

La obra describe, en un espacio sombrío y alucinado, la versión febril de un típico liceo fiscal.

Al inicio, el profesor Sanhueza huye por entre los pupilos envuelto en una bandera de Chile, el Rector lo persigue, intentando disuadirlo y amenazándolo con la muerte. Antes de los disparos, Sanhueza expresa todos los dolores de profesor de Historia: no hay historia, el oprobio y la sin razón se enseñorean, Chile no existe; el aspecto malvado del mercado lo amenaza todo. Sanhueza parece morir tras el estampido de los rifles,

pero incluso esto ha sido una farsa, un trueque, una razón más para decir con desgano: ¡Viva Chile!

Las clases de Historia de Chile se inician en este ambiente y pronto se ve a lo superficial sobrepasar a lo importante. La profesora Loureiro no puede iniciar su clase porque ya no hay mapa de Chile y con el mapa parece haberse perdido el sentido de la memoria e incluso la memoria misma. El profesor Sanhueza, las profesoras Loureiro y Muñoz y el Rector (todos profesores de Historia) se van dando cuenta de que a su alrededor todo se pierde, todo tiende a disolverse.

Rector *No hay otra cosa que podamos o sepamos hacer.*

Sanhueza *Ya no nos necesitan para eso. ¿No sale a la calle? ¿No lee los diarios? ¿No ve la televisión?*

Rector *El liceo es el liceo.*

Sanhueza *¿Cree que podemos competir? ¿Sabe lo que reciben esos muchachos como información? ¿Como imagen del mundo?*

Rector *¡El liceo es el liceo y un profesor es un profesor!*

Se presenta en el liceo un nuevo profesor, el joven Mario Fredes, quien ha abrazado la pedagogía motivado por el ejemplo del Rector, a quien recuerda como un profesor inspirado. Los otros profesores comentan el sin sentido de las clases y la ignorancia de los alumnos, cuya cabeza, al modo de un pastiche posmoderno, ha confundido lo propio con lo ajeno, lo nuevo con lo moderno, lo real con lo ficticio.

A Fredes le es rápidamente asignado un curso, mientras el Rector se prepara a morir.

Para suplir la ausencia del mapa, símbolo de la geografía por donde transita la identidad, la profesora Muñoz decide dibujar a Chile y a propósito comienza la descripción y los comentarios sobre la lejanía y el aislamiento del país. Es como si ella quisiera de forma manual y pre-moderna aún constituir los borrosos límites de la nación. Al tocar al recreo los alumnos salen en estampida y los profesores quedan allí como náufragos sobrevivientes. Todos se preguntan por Toledo, un profesor que no llega y poco a poco el nuevo profesor, Fredes, ha tomado conciencia de la situación de su ex-liceo.

En una lúgubre corrección de pruebas, el Rector hace una recopilación de los ilustres maestros de la historia chilena y sigue presagiando su propia muerte.

El liceo y la modernidad

Se puede pensar en que estos elementos se unen a una sensación permanente de amenaza interna y externa al liceo, donde tal vez lo más grave y la amenaza más moderna será el banco que requiere que los profesores se presenten y que paguen. Este elemento, por donde se vislumbra la presencia de lo mercantil que todo lo invade, será aquél que lleva al derrumbe final, ya que esta relación alegórica entre lo económico del mercado y la educación produce el dislocamiento del sistema mismo y la muerte de un ideal de educación que existió en Chile, con todos los defectos que éste tuviera. Es esta sensación de catástrofe inminente la que atraviesa toda la obra, como si ello apuntara a señalar una catástrofe más honda: la de la memoria histórica, de los valores chilenos y la identidad cultural.

Muñoz *Los alumnos. ¿Cuánto tiempo que no vemos a los alumnos?*

Loureiro *La memoria ...*

Muñoz *La historia de Chile se ha perdido.*

Rector *Esto es intolerable ...*

Loureiro *No hay mapa ...*

Muñoz *No hay liceo ...*

Loureiro *No hay nada que decir ...*

Rector *¡Pasen lista!*

Repiten la lista.

Cabe mencionar, en relación a este tema, que en 1938 Pedro Aguirre Cerda asumió como mandatario a nombre del Frente Popular, representando una amplia gama de aspiraciones y deseos que apuntaban a la reforma social y al fortalecimiento de las clases medias. Uno de los aspectos centrales de su política y la de los gobiernos radicales será el fortalecimiento del sistema educacional. El Estado apoyó decididamente la educación y a partir de ella se generó una estrategia a gran escala de promoción de los grupos medios del país. En este ámbito, el liceo fue un núcleo central de la cultura y eje obligado de las políticas de la época. En torno a esto, la obra investiga y se encuentra con un conjunto de profesores que sueña con valores nacionales encar-

Esquinero donde se encerraba a los alumnos desordenados.





El liceo chileno: alumnos de cursos superiores en clases.

nados en las clases de Historia de Chile. Como si estas clases contuvieran la memoria y la identidad de todo un período y que, en esta obra, casi no se pueden realizar.

Los pequeños ritos (izamiento de la bandera, actos cívicos, efemérides, etc..) eran la fuente de sus vidas, algo así como el ancla de sus sueños y proyectos, y es eso mismo lo que se ve de un modo patético trizado en la obra. Es como si, a través de lo absurdo de estos ritos escolares, se viera la pérdida en la marea modernizadora de toda una utopía social y un ideal de muchas personas y profesores.

Así, la obra se empuja hacia lo metafórico y hacia manifestar algo mayor: la crisis de un proyecto y de una articulación social, poniendo de relieve la precariedad de esos elementos educacionales frente a las fuerzas enormes a las cuales ahora se debe enfrentar y al dolor y la muerte que ello conlleva.

Loureiro No hay mapa.

Muñoz Tal vez estamos muertos.

Rector No podemos hacer clases sin mapa.

Sanhueza Todo se pierde. Hace unos meses llegué a mi casa y mi mujer no estaba. Y pensé si era yo el que no estaba. No estaba mi hija. No estaba mi honra ni mi calma. La mujer es como el mapa del hombre, ¿sabía?

Se ven sin apoyo de nadie, sin bases para asentar sus vidas y su trabajo. Algo así como náufragos en la marea modernizadora donde ellos no son considerados.

La identidad

El tema de la identidad se une, a nuestro juicio, a la muerte del Rector que, de algún modo, anticipa, sintetiza en la obra la dificultad de sobrevivir ante la nueva modernidad que se acerca. El liceo, sus antiguas formas y ritos, aparece en esta obra como algo que ya no cabe hoy en el país. Es un símbolo y una metáfora del derrumbe de la memoria histórica y de un modo de vivir a través de una institución tan reconocible como el liceo. Es también un derrumbe de las relaciones huma-

nas de ese grupo de profesores y alumnos que vivían de mínimos y máximos elementos, quedando a ratos en estado de caricatura.

El liceo es presentado aquí como una clave, como un último baluarte frente al mercado, el que va siendo socavado por la evolución de la sociedad prisionera de sus anhelos de cambio y por su sed de consumir y tecnificarse. Por otra parte, se puede vislumbrar como otra línea dramática la evidente contradicción de una sociedad traumatizada por su historia, la que no logra aprehender bien y elaborar en plenitud. Pareciera que la memoria tiende a disolverse y a desaparecer o a sumergirse en el silencio frente a la agresividad *cautivante* del proyecto modernizador, provocando situaciones incomprensibles para la historia del país. Pareciera, por otro lado, que lo traumático del pasado no puede procesarse en un sistema educacional, ni en personas que transmitan a la generación venidera un sentido y ciertas claves de su ser.

Ruido de tormenta feroz.

Sanhueza *Son así. Déjelas ir. Son así.*

Fredes *¿Qué ha pasado con todo en este liceo?*

Sanhueza *Hay algo en el aire, o debajo de la tierra. A lo mejor ya ni siquiera hay aire. Ni tierra. Hay algo raro en todos los liceos... Lo que quiere decir que hay algo raro en todas partes.*

Fredes *¿Qué pasó?*

Sanhueza *¿Qué pasó? No lo sé, nadie lo sabe. Tengo mis teorías pero estoy cuestionado. No puedo hablar. No me pregunte nada. No es justo ni legítimo.*

De allí se puede desprender una aguda crítica a nuestro modo de vivir actual, a nuestra carencia de relaciones humanas reales y a la presencia o ausencia de un sentido más hondo para existir. Se vislumbra la vida real como una *isla* al igual que los profesores del liceo, en vías de desintegración y/o desaparición, lo cual es señal de grave alerta para nuestra cultura. Lo fragmentario, lo solo, lo que navega sin rumbo, desde nuestro pasado a un futuro incierto.

En su parte final, y a modo de alegoría, vuelve el

Rector, ya muerto, del otro mundo y cuenta las maravillas del cielo. Sanhueza propone una solución total al problema de la memoria y la identidad, mediante la fantasía de crear una nueva historia en la que todo lo fundacional que ha ocurrido en Occidente se haga ocurrir en Chile, lo cual desborda en irónicos ejemplos. Tal vez esta alegoría apunte a una necesidad de mirar después de la muerte e intentar comprender desde otro ángulo.

Fredes *No estoy muerto.*

Muñoz *Lo estará; es cosa de paciencia.*

Loureiro *Y se convertirá en historia.*

Rector *Mírenme, el corazón no me late pero estoy vivo.*

Loureiro *Hagamos memoria. Tal vez esto se llene de gente..Y vuelvan ... los que se fueron ...*

Sanhueza *¿Se acuerdan cuando se llevaron a Ulloa y a Mujica?*

Muñoz *¿Y a Carrasco? ¿Y a Lamus? ¿Y a Grismendi?*

Loureiro *¿Cuándo pusieron de rector a Lorca?*

Finalmente, el Rector designa a Fredes, al profesor joven, como su reemplazante en la lucha y le recomienda como primer paso: pasar la lista ... una lista en la cual la heterogeneidad es tan grande que —creemos— ninguna identidad es posible.

Sin embargo, el intentar integrarnos a la historia de Occidente es algo importante, pues puede sonar a poseer un metalenguaje que hiciera más comprensible nuestra actual historia de Chile y permitiera dar sentido a la muerte del Rector y a la continuación de la educación y la vida. Ojalá la obra alumbre, desde su puesta en escena, éstas y otras claves de nuestra actual Historia de Chile, rescatando sus dolores, sus trizaduras y las personas que fueron esenciales en la constitución de nuestra identidad —los profesores— quienes ciertamente no tienen hoy el rol que debieran. Ellos, y todos quienes se preocupan por la cultura y la identidad, se verán representados y la obra les puede conmover en elementos muy centrales, que tocan la vida y la muerte, el sentido y el sin sentido de nuestra cultura enfrentada a la modernidad.